

Los nervios de Petronio se habían puesto ya en tensión al oír antes aquel grito; desde que había dejado el Palatino, le oprimía el pecho como una pesadilla y le destrozaba los oídos. Así, pues, cuando se vió amenazado por el puño del gladiador, agotósele la paciencia.

— Amigo, le dijo, apestas á vino y me impides el paso.

Y diciendo esto, hundió hasta el puño en el pecho del miserable el arma con que iba prevenido; después, cogiendo por el brazo á Vinicio, continuó su camino como si nada hubiese sucedido.

— Hoy me ha dicho César: «Di á Vinicio que no falte á los espectáculos en que tomen parte los cristianos.» ¿Comprendes lo que significa decirme esto? Quiere divertirse con tu dolor: ¡es un hecho! Quizá por esta razón no estamos aún encarcelados tú y yo, Si no consigues ahora libertarla..., ¡no sé qué me diga!..., pudiera ser que Acté intercediese en su favor...; pero ¿obtendrá alguna cosa?.. Tus posesiones de Sicilia podrían tentar á Tigelino. ¡Pruébalo!

— ¡Le doy todo lo que poseo!

Desde las Carinas al Foro la distancia era corta, por lo cual llegaron muy pronto. Empezaba á amanecer y los muros iban saliendo de las sombras poco á poco.

Cuando estuvieron en la Cárcel Mamertina, Petronio se detuvo de improviso, diciendo:

— ¿Los pretorianos? ¡Demasiado tarde!

En efecto, una doble fila de soldados rodeaba la cárcel. Los primeros albos hacían relucir sus yelmos y las puntas de sus lanzas.

Vinicio se puso pálido como un cadáver.

— ¡Vamos hasta allí!, dijo.

No tardaron en hallarse junto á los soldados. Petronio, dotado de una memoria poco común, conocía no sólo á los oficiales, sino á casi todos los soldados uno por uno. Distinguiendo á uno que le era más conocido que los otros, le hizo seña de que se le acercase.

— ¿Qué quiere decir esto, Nigro?, le preguntó. ¿Tenéis orden de custodiar las prisiones?

— Sí, noble Petronio; porque el prefecto temía que se intentase libertar á los incendiarios.

— ¿Se os ha ordenado no dejar pasar á nadie?, preguntó Vinicio.

— ¡No! Los conocidos podrán visitar á los prisioneros, y de este modo se aumentará el número de cristianos arrestados.

— En éste caso, dejadme entrar, dijo Vinicio; y apretando la mano á Petronio: ¡Ve á ver á Acté! Yo iré luego á saber la respuesta.

— ¡Ven!, insistió Petronio.

En aquel momento, de los subterráneos y del interior de la cárcel se elevó un suavísimo canto religioso. Aquel himno, primero bajo y tímido, se hizo al poco rato solemne y majestuoso; voces de mujeres, de hombres y de niños se unían en un coro de grandiosa armonía; en el silencio de la mañana aquellas voces adquirían la dulzura del arpa, y lejos de resonar melancólicas ó afligidas, encontrábase en ellas, soberana, la nota de la alegría y del triunfo.

Los soldados se miraron uno á otro, atónitos. Y en tanto la bella aurora rosada reanimaba con su alegría el horizonte.

LI

El grito de «¡A las fieras los cristianos!» se repitió en innumerables feroces ecos por los ángulos de la ciudad. Al principio algunos dudaban de que fuesen los cristianos los verdaderos autores del incendio; pero nadie quería dudar, ante la perspectiva de que su expiación sería para el pueblo un espectáculo sin igual. Era opinión general que el fuego no hubiera podido propagarse de aquel modo sin la voluntad de los dioses. Por esta razón se ordenó que en todos los templos se hicieran sacrificios de todo género para aplacar la cólera divina. Después de consultados los libros sibilinos, el Senado dispuso la celebración de solemnes rogativas á Vulcano, á Ceres y á Proserpina. Las matronas ofrecieron holocaustos á Juno; llegaron hasta el mar en larga procesión y rociaron con agua la imagen de la diosa. Las esposas velaron algunas noches para honrar á los dioses. Roma entera se purificó así de sus pecados y se ofrecieron dones y sacrificios á los inmortales. Entre las ruinas empezaron las excavaciones para ensanchar las calles y las construcciones de nuevos palacios y templos. El primer edificio que se levantó con increíble rapidez fué un enorme anfiteatro de madera, donde habían de perecer los cristianos. Inmediatamente después de celebrado el consejo en el palacio de Tiberio, se dieron las oportunas órdenes para que se adquiriese el mayor número posible de animales feroces. Tigelino, al efecto, preparó todos los vivares y dispuso que en África se verificasen grandes cacerías, en las que habían de tomar parte todos los indígenas. Del Asia se hicieron traer elefantes y tigres, del Nilo cocodrilos, leones del Atlas, osos y lobos de los Pirineos, perros dogos del Epiro, búfalos y bisontes de la Germania. El número de detenciones operadas prometía un espectáculo como no lo había visto Roma. César trataba de borrar con sangre el recuerdo del incendio y embriagar á todo su pueblo de modo que nadie pudiese olvidar en su vida aquel mar de sangre.

La plebe ayudaba voluntariamente á los pretorianos en la tarea de dar caza á los cristianos, lo que era empresa fácil, porque éstos, acampados con el resto de la población en los jardines, profesaban su fe á la luz del sol. Cuando los guardias les cercaban, caían de rodillas entonando preces y dejándose conducir sin oponer resistencia alguna; y aquella resignación no hacía más que aumentar la ira del pueblo, que la juzgaba fruto de un orgullo insano. La muchedumbre parecía loca; á veces los cristianos eran arrebatados de manos de los guardias y maltratados cruelmente; las mujeres eran arrastradas por los cabellos hasta la cárcel, los niños estrellados contra las piedras.

La gente corría por las calles gritando y quejándose, husmeando en los caminos, entre las ruinas y en las cantinas en busca de víctimas. Frente á las cárceles se bailaban danzas báquicas; todas las cárceles estaban atestadas, y todos los días los pretorianos y la plebe conducían allí nuevas víctimas. La piedad había enmu-

decido y parecía que nadie tenía lengua más que para repetir á cada instante: «¡Los cristianos á las fieras!»

Los días eran extremadamente calurosos, y más sofocantes aún las noches; podía decirse que el aire mismo estaba saturado de sangre y de delirio. Semejante exceso de crueldad en el pueblo era superado aún por el ferviente deseo de asistir al martirio, que se apoderó de todos los espíritus. Los cristianos afrontaban con valor todos los peligros y la misma muerte, que casi buscaban hasta donde se lo permitía la severidad de sus preceptos. Siguiendo las órdenes de sus jefes, se reunían entonces únicamente fuera de la ciudad, en las cavernas de la Vía Apia y en las viñas pertenecientes á patricios cristianos que no habían sido detenidos. En el Palatino se sabía que Flavio, Domitila, Pomponia Grecina, Cornelio y Vinicio eran sectarios de Cristo; pero César temía que el pueblo no creyera que aquellos personajes pudiesen ser incendiarios, y como se trataba ante todo de convencer al pueblo, se decidió aplazar su castigo. Otros creían erróneamente que aquellos patricios debían su salvación á Acté. Lo único cierto era que Petronio, apenas dejó á Vinicio, corrió á ver á Acté para implorar su apoyo en favor de Licia; pero aquella no pudo ofrecerle más que lágrimas, pues ella misma se consideraba sólo *tolerada* por César y Popea, que á duras penas soportaban su presencia.

Lo que hizo fué visitar á la muchacha en la cárcel, llevándole ropas y alimentos, y buscando sobre todo el medio de librarla de las violencias de los carceleros, que habían sido ya sobornados con este objeto.

Petronio, que no podía olvidar que su plan de raptar á Licia era causa de que la joven sufriese la persecución y la cárcel, y quería además vencer á Tigelino, no ahorra tiempo ni trabajo. En el transcurso de pocos días visitó á Séneca, á Domicio Afro, á Crispinila y á Diodoro, con los cuales esperaba buen resultado cerca de Popea; visitó además á Terpno, al bello Pitágoras, y por último á Alituro y á Paris, á los cuales generalmente nada negaba el emperador. Con el apoyo de Crisotemis, que era entonces la amante de Vatinio, trató de ganarse la influencia de éste, mostrándose con todos espléndido en oro y en promesas.

Pero todas sus gestiones resultaban infructuosas. Séneca declaraba que aun cuando no hubiesen sido los cristianos los autores del incendio, convenía que fuesen extirpados por el bien de la ciudad; en otros términos, aprobaba por razones de Estado aquel derramamiento de sangre. Terpno y Diodoro se embolsaron el dinero, sin hacer nada. Vatinio confió á César que se había tratado de sobornarlo. Únicamente Alituro, antiguo enemigo de los cristianos, ahora sentía piedad por ellos y tuvo valor para nombrar ante César á la joven Licia y pedir su indulto. Pero sólo pudo obtener esta respuesta:

— ¿Crees que mi alma no es tan grande como la de Bruto, que no respetó ni siquiera á sus hijos, tratándose del bien de Roma?

Cuando Petronio oyó aquella respuesta, exclamó:

— Si Nerón se ha comparado con Bruto, no hay esperanza de salvación.

Temía que Vinicio pensase en arrancarse la vida.

«Por ahora, decía, lo sostienen todos los esfuerzos que hace por salvar á Licia; pero cuando todos los medios resulten inútiles y se desvanezca toda esperanza, se matará.»

Y Petronio comprendía mejor esta muerte que el amor y los sufrimientos de Vinicio.

Éste, por su parte, hacía cuanto humanamente podía para salvar á Licia, y él, antes tan orgulloso, había visitado en persona á muchos augustianos, invocando su apoyo; después, por medio de Vitelio, había ofrecido á Tigelino todas sus posesio-

nes de Sicilia, ofrecimiento que Tigelino no había querido aceptar por no ofender á la Augusta. Arrojarle á los pies de César y suplicarle humildemente, de nada hubiera servido; Vinicio estaba dispuesto á probarlo, pero Petronio le disuadió diciéndole:

— ¿Y si te niega lo que le pides ó te amenaza con el oprobio?

Ante esta idea, el rostro de Vinicio se contrajo por el dolor y la ira.

— Por esto precisamente trato de hacerte desistir de semejante proyecto; te cerrarías tú mismo todo camino de salvación.

Vinicio procuró contenerse, y llevándose la mano á la frente, bañada en frío sudor, respondió:

— ¡No, no! ¡Yo soy cristiano!

— Correrías el peligro de olvidarlo, como hace poco. Y tú tienes seguramente el derecho de perderte, pero no de perder á tu Licia. Piensa en lo que tuvo que sufrir la hija de Seyano antes de morir.

Hablando así, Petronio no era sincero, pues le interesaba más el sobrino que la muchacha. Pero no encontraba otro medio, para librarle de un paso peligroso, que hacerle temer la pérdida de Licia; y además de esto, se opuso con razón, porque en el Palatino, previendo la visita de Vinicio, se habían tomado medidas de precaución con respecto á él.

Los tormentos eran superiores á toda fuerza humana. Desde el momento en que las puertas de la cárcel se habían cerrado detrás de ella, él la veía en su mente, ceñida de la aureola del próximo martirio; creía amarla con más ternura que antes, y este amor tan tierno adquiría en su alma toda la grandeza de una adoración casi divina. ¿Cómo vivir, pues, con la idea de que había de perder aquella criatura adorada, y cómo soportar el pensamiento de que no sólo la muerte, sino el martirio, cien veces más horrible que la muerte, esperaba á aquel cuerpo para él tan sagrado? El corazón se le petrificaba en el pecho y le iban faltando los sentidos. A veces le parecía que un líquido inflamado corría por sus venas y le quemaba el cerebro; no comprendía nada de lo que ocurría fuera de él; no sabía explicarse por qué Cristo, misericordioso, divino, no acudía en su auxilio, por qué no se abría la tierra para tragarse el Palatino y con él á Nerón, á los augustianos y á los pretorianos y toda aquella ciudad pervertida. Sí, así debía haber sucedido. ¡Tal vez todo lo que le torturaba el corazón no era más que un horrible sueño!

Pero muy pronto los rugidos de las fieras, el continuo martilleo de los operarios que trabajaban en la construcción del Anfiteatro, los gritos del pueblo y la multitud de prisioneros venían á convencerle de que no se trataba de un sueño, sino de una tremenda realidad.

Sentía entonces vacilar un poco su fe cristiana, lo cual le producía nueva y más cruel tortura.

— ¡Acuérdate de la hija de Seyano!, repétale, en tanto, Petronio.

Todo había sido inútil. Vinicio se humilló hasta el punto de invocar el auxilio de los libertos y de los esclavos de Popea, pagándoles sus falsas promesas con los más generosos dones. Dirigióse á Rufo Crispino, primer marido de Popea, logrando una carta para ella. Al hijo de este matrimonio le regaló una de sus quintas de Anzio; pero con esto no hizo más que excitar la cólera de Nerón, pues no podía ver al hijastro. Había enviado también un propio á España, donde se hallaba Otón, segundo marido de Popea. Todo lo hubiese sacrificado, su vida y todo su patrimonio; pero comprendió al fin que no era más que un reclamo para todos aquellos á quienes se dirigía, y pensó que quizá le hubiera sido más fácil obtener la libertad de Licia mostrando mayor indiferencia.

Petronio compartía con él esta opinión. En tanto iban pasando los días. El Anfiteatro estaba ya dispuesto para funcionar y se empezaron á repartir las contrasenas para asistir á los espectáculos matutinos. A causa del infinito número de víctimas, las representaciones podían durar meses y meses. Las prisiones, según se decía, rebosaban de gente y la fiebre se cebaba en los presos. Los *puticoli*, fosas comunes destinadas á los esclavos, estaban repletas de cadáveres. De ahí surgió el temor de que pudiera propagarse por la ciudad cualquier epidemia. Convenía, pues, despachar cuanto antes.

Estos rumores habían llegado á oídos de Vinicio, apagando en su alma hasta el último rayo de esperanza. Si hubiese tenido tiempo por delante, hubiera podido abrigar todavía alguna ilusión; pero el tiempo oportuno había ya transcurrido. Los espectáculos iban á comenzar, y cada día podía encontrarse su Licia en el número de las víctimas conducidas al Anfiteatro. Vinicio, no sabiendo adónde podría llevarla el destino ó la crueldad humana, se dirigía á todos los Circos, sobornando á los guardias y vigilantes de fieras y proponiéndoles planes irrealizables. Hubo de convencerse al fin de que todo cuanto hacía no podía proporcionarle más que una muerte menos espantosa. Y ante esta idea, le parecía que su cabeza inflamada quería estallar. Estaba decidido que no había de sobrevivir á Licia; sólo temía morir de dolor antes de la hora fatal; Petronio y sus amigos le miraban con el aire de quien ve á un futuro habitante del reino de las sombras. Su semblante, cada vez más obscuro y endurecido, parecía pertenecer á las máscaras de cera de los *lararios*. Toda expresión de dolor ó de alegría había desaparecido de él y se hubiera dicho que le había abandonado completamente la percepción de todo cuanto sucedía ó había sucedido. Si alguien se dirigía á él, levantaba maquinalmente las manos, llevándose las á las ardorosas sienes, y miraba estupefacto á su interlocutor. Pasaba las noches enteras con Ursus frente á la puerta de la prisión de Licia. Cuando ésta le ordenaba que se fuera á descansar, se dirigía á casa de Petronio, donde paseaba por el atrio hasta el alba. A menudo le sorprendían los esclavos de

rodillas, los brazos extendidos, besando la tierra, suplicando á Cristo, en quien había puesto su única esperanza. Sintió una fuerte sacudida. Sólo un milagro podía salvar á Licia, milagro que invocaba humildemente. Pero comprendía muy bien que las plegarias de Pedro tendrían mayor virtud que las suyas. Pedro le había prometido la muchacha, Pedro le había bautizado, Pedro podía obrar maravillas: de él, pues, únicamente podía esperar auxilio y liberación. Y una noche decidió ir en su busca. Los pocos cristianos supersticiosos y desconfiados tenían entonces al apóstol oculto hasta á los ojos de otros compañeros, en el temor de que alguno de éstos, en un momento de debilidad, pudiera consciente ó inconscientemente denunciar el refugio. Vinicio mismo, en la confusión general de aquellos días y en medio de la angustia en que se encontraba ante el peligro de Licia, le había perdido de vista. Desde el día del bautismo hasta el principio de las persecuciones le vió una sola vez. Se dirigió al cantero en cuya cueva había recibido el bautismo, y allí supo que debía celebrarse una reunión fuera de la Puerta Salaria, en una viña de Cornelio Pudencio. El hombre se le ofreció como guía, asegurándole que allí le sería fácil encontrar á Pedro.

Esperaron la hora del crepúsculo y dejaron la cueva, salieron pronto de los muros, y después de haber atravesado un trozo de terreno cubierto de juncos, llegaron á la viña, situada en un paraje solitario, casi inhabitado. Allí se habían reunido los cristianos. Vinicio, acercándose, oía las humildes preces, y cuando llegó al punto de reunión, descubrió, iluminadas por la escasa luz de las antorchas, cerca de un centenar de personas que, postradas en tierra, rezaban devotamente. Era su rézo una especie de letanía; un coro de voces masculinas y femeninas repetía á cada pausa: *Christe, miserere nobis!* Y de aquella fervorosa plegaria manaba un dolor profundo, incurable.

Pedro estaba entre ellos, arrodillado en primer término ante un crucifijo de madera. Vinicio en seguida reconoció, entre las demás, la cabeza blanca y venerable del apóstol. La primera idea del joven, al verle, fué la de precipitarse á sus pies y gritarle: «¡Sálvala!» Pero, fuese por la solemnidad de las preces ó por un exceso de cansancio físico, ello es que se le doblaron las piernas, y en vez de atravesar la multitud de devotos para llegar hasta el apóstol, cayó de rodillas, suspirando y llorando, y se puso á repetir con los otros: *Christe, miserere nobis!* Si le hubiese preocupado menos su propia situación, hubiera podido observar en seguida que no era él solo el que interrumpía la plegaria para desahogar con exclamaciones de dolor su corazón, horriblemente torturado; no había uno en aquella reunión que no llorase la pérdida de una persona querida. Y como los más valerosos y los más entusiastas entre los creyentes yacían en la cárcel, como á cada instante llegaban las voces de los mártires y las noticias de los ultrajes que se inferían á los prisioneros, como aquella desgracia era superior á cuanto podía imaginarse, no había uno que no temblara por su propia fe y que no se preguntara ansiosamente: «¿Dónde está Cristo? ¿Por qué permite que triunfe el espíritu del mal?» No cesaban de invocar la misericordia del Señor, porque en el fondo de sus corazones no se había desvanecido la esperanza de que Cristo llegaría á tiempo para precipitar á Nerón en los abismos de donde había salido y reinar Él solo sobre el mundo entero. Y sin descanso suplicaban temblorosos, mirando al cielo. Y cuantas veces repetía Vinicio las palabras *Christe, miserere nobis!*, experimentaba la misma sensación de gozo que invadió su espíritu aquel día solemne en la cabaña del cantero. Y todos, en el colmo del dolor, llamaban á Cristo; Pedro mismo seguía invocándolo: los cielos debían abrirse, la tierra sufriría fuertes sacudimientos hasta en sus entrañas más profundas, y Él, finalmente, aparecería en una gloria infinita, grande, misericordioso, pero

inexorable, y elevaría á sus fieles y ordenaría al abismo que se tragara á sus perseguidores.

Vinicio se cubrió el rostro con las manos y se postró en tierra. Nuevo y profundo silencio se produjo en torno, y podía decirse que el temor hacía contener la respiración á todos los circunstantes. El joven tribuno estaba seguro de que había de ocurrir algo maravilloso, y cuando abriría otra vez los ojos, éstos quedarían deslumbrados por una luz sobrenatural y en sus oídos resonaría una voz terrible para todos los enemigos. Pero el silencio no se interrumpía.

Por fin se oyó suspirar á algunas mujeres. Vinicio se levantó mirando á su alrededor con aire turbado. En lugar de un resplandor sobrenatural, sus ojos vieron sólo las débiles llamaradas de los haces y los pálidos rayos de la luna, que le envolvían en su luz plateada, penetrando en aquel local por una abertura del techo. Algunos devotos arrodillados junto á Vinicio fijaron en la cruz sus ojos inundados de lágrimas; aún se oía de cuando en cuando alguna expresión de dolor y llegaban también hasta aquel sitio de oración los gritos de «¡alerta!» de los guardias.

Pedro se levantó, y dirigiéndose á los presentes, dijo:

— ¡Hijos míos, elevad vuestros corazones al Redentor y ofrecedle vuestras lágrimas!

Después calló.

De pronto se oyó el lamento de una pobre mujer encorvada por el peso de los años:

— ¡Soy viuda, no tenía más que á mi único hijo, que era el sostén de mi vejez! ¡Devuélvemelo, señor!

Reinó el silencio otra vez. Pedro, con el semblante triste y macilento, estaba de pie en medio de los devotos arrodillados y suplicantes.

Otra voz exclamó:

— ¡Los esbirros ultrajaron á mi hija y Cristo lo ha permitido!

A la que siguieron estas otras lamentaciones:

— Mis hijitos no tienen á nadie más en el mundo. ¿Qué será de ellos cuando yo muera?

— El pobre Lino había sido respetado al principio; y ahora, Señor, también lo han cogido para martirizarle.

— Apenas lleguemos á casa, los pretorianos se apoderarán de nosotros; ¿cómo escondernos? ¡Pobres de nosotros! ¿Quién nos defenderá?

Y así los lamentos seguían á los lamentos en el silencio de la noche. El viejo pescador cerró los ojos y bajó su plateada cabeza ante tanto dolor y tanto miedo humano. Siguiéron otros instantes de silencio, interrumpido por los «alertas» de los guardias, que desde lejos llegaban hasta allí. De nuevo se levantó Vinicio para cruzar por en medio de la multitud y llegar adonde estaba el apóstol; de pronto le detuvo una idea espantosa. ¡Si el apóstol se veía obligado á reconocer su debilidad y á confesar que el poder de César era más grande que el de Cristo, el Nazareno! Esta idea le hizo temer y temblar, porque veía que con esto, no sólo se desvanecía su última esperanza, sino que también él debía perecer y todo lo que aún le hacía soportable la existencia, y hundirse en la terrible nada, como en un mar sin fondo.

Pedro volvió á hablar. Empezó con voz apenas perceptible:

— ¡Hijos míos! Yo mismo vi crucificar al Redentor sobre el Gólgota. Yo mismo oí los golpes del martillo con que le clavaron en la cruz; y vi como ésta se levantaba en alto, para que el pueblo no perdiese el espectáculo de su muerte. Yo le vi morir, yo mismo vi cómo le atravesaban el costado. Cuando me volví después de la crucifixión, exclamé con el mismo dolor que sentís ahora vosotros: «¡Ay de mí, Señor!

¿Eres Dios? ¿Por qué has permitido semejante cosa? ¿Por qué has muerto y por qué has entristecido los corazones de aquellos que creían que había venido tu reinado? Pero Él, nuestro Dios y Señor, resucitó al tercer día después de su muerte; estuvo con nosotros hasta que subió á su reino, circundado de gloria. Y nosotros, convencidos de la miseria y pequeñez de nuestro espíritu, nos hicimos más fuertes y desde aquel día nos dedicamos con afán á sembrar su semilla.

Se volvió del lado de donde había partido el primer lamento y dijo con voz más vibrante:

— ¿Por qué os lamentáis? El mismo Dios se consagró al martirio y á la muerte, y vosotros queréis que os libre de tales sufrimientos? ¡Hombres de poca fe! ¿Así entendéis su doctrina? ¿No os ha prometido más que la vida? Él viene á vosotros y os dice: «¡Seguidme!» Os eleva hasta Él, y vosotros os agarráis desesperadamente á la tierra y exclamáis: «¡Señor, sálvanos!» Ante Dios yo no soy más que polvo, pero ante vosotros soy su apóstol y representante. Os hablo en nombre de Cristo. No os espera la muerte, sino la vida; no la tortura, sino una delicia inefable; no suspiros, no lágrimas, sino cánticos alegres; no la esclavitud, sino el imperio. Yo, el apóstol del Señor, os digo: ¡Oh viuda, tu hijo no morirá; renacerá á la vida eterna, á la gloria de los cielos, y tú te unirás á él muy pronto! ¡A ti, padre, á quien los esbirros deshonraron la hija inocente, te prometo que la encontrarás más pura que los lirios del valle! ¡A vosotras, oh madres, que os arrancan del lado de vuestros pobres huérfanos; á vosotros que os quedáis sin padre, á vosotros que os quejáis, á vosotros que vais á presenciar el martirio de personas queridas, á vosotros todos, infelices, temerosos, á vosotros los que debéis morir, os declaro, en nombre de Cristo, que despertaréis de vuestro sueño para vivir toda una vida de felicidad y que pasaréis de la noche tenebrosa á la fúlgida luz celestial. ¡En nombre de Cristo, haced que la venda caiga de vuestros ojos y que se inflamen vuestros corazones!

Después de pronunciar estas palabras abrió la mano en actitud solemne, y pareció á todos que corría nueva sangre por sus venas, y quedaron temblando de emoción ante el apóstol, el cual ya no era el anciano débil y pensativo de antes, sino el príncipe poderoso capaz de atraer hacia sí todas las almas y sacudir todo el polvo y todo el temor, para hacerlas dignas de Dios.

— ¡Amén!, exclamó un coro de voces.

En los ojos del apóstol se transparentaba una luz cada vez más clara, y en toda su persona una majestad imponente y extraña. Todas las cabezas se inclinaron ante él, y cuando resonó el «Amén», él prosiguió:

— Sembrad lágrimas para recoger luego alegrías. ¿Por qué temer el poder del espíritu maligno? Más grande que Roma, que las ciudades, que toda la tierra es el Señor que está con vosotros. Riéguese con lágrimas todas las piedras, bñese el suelo de sangre y cúbranse todos los valles con vuestros cuerpos, y yo no cesaré de deciros que los más fuertes seréis vosotros. ¡El Señor nos empuja á la conquista de esta ciudad pecaminosa, corrompida, y vosotros sois sus legiones! Él redimió con su sangre y con su martirio los pecados de los hombres, ahora Él quiere que vosotros redimáis con vuestra sangre y con vuestros martirios todas las culpas de esta ciudad. Os lo dice Él por mis labios.

Abrió los ojos y los levantó tranquilamente; los corazones de todos los oyentes suspendieron sus latidos, porque observaron que su mirada se fijaba en algo superior á su percepción.

En efecto, el rostro de Pedro parecía cambiado, expresando el gozo más intenso; continuó algunos momentos en su éxtasis. Luego resonó de nuevo su voz:

— Te me apareces, Señor, y me señalas tu camino. ¡Sí, oh Cristo! ¡No ya en Je-

rusalén, sino en esta ciudad, ahora dominio de Satanás, pondrás tu asiento! ¡Aquí querrás construir tu templo con estas lágrimas y con esta sangre! ¡Aquí, donde impera Nerón, tu reino será perpetuo! ¡Tuyo será, oh Señor! Y Tú ordenarás á los temerosos que pongan los fundamentos de la santa Sión con sus mismos huesos, y mandarás á mi espíritu que se encargue del dominio de todos los pueblos de la tierra. Y cuando derrames tu gracia sobre el débil, éste se hará fuerte, y si Tú me ordenas que apaciente esta grey hasta el fin de los siglos, yo te obedeceré. ¡Bendita y alabada sea toda tu voluntad! ¡Hosanna, Hosanna!

Los más pusilánimes se animaron, en los que dudaban se vertieron torrentes de fe. Algunos gritaron: «Hosanna!» otros, «¡Por Cristo!» Después volvió á reinar el silencio. Todos los rostros estaban pálidos, conmovidos.

Pedro rezó largo rato, absorto aún en su visión; vuelto á la realidad del mundo, miró con el rostro radiante á toda la asamblea, y dijo:

— Así como Dios dispuso vuestras dudas, os encaminaréis en su nombre á la victoria.

Y aunque seguro de aquel triunfo y de cuanto podía surgir de aquellas lágrimas y de aquella sangre, todavía su voz temblaba de emoción cuando, después de haberlos bendecido con la señal de la cruz, les dijo:

— ¡Yo os bendigo, hijos míos, que os estáis preparando para el martirio, para la muerte y para la eternidad!

Todos le rodearon, derramando abundantes lágrimas.

— ¡Estamos prontos!, fué la respuesta que salió de todos los labios. ¡Pero tú, oh cabeza de nuestra grey, procura huir de la muerte, porque eres el que representa á Cristo, haciendo sus veces!

Se cogieron al manto del apóstol, y éste les bendijo uno á uno, como bendice un padre á los hijos que van á emprender un largo viaje.

Después de esto la reunión se disolvió, pues todos tenían prisa por volver á sus casas y presentarse luego en las prisiones y en el Anfiteatro. Sus pensamientos ya no eran terrenos, sus almas habían levantado el vuelo hacia el infinito, y así vivían en una especie de sonambulismo, felices con la idea del martirio que les esperaba.

Nereo, un siervo de Cornelio Pudencio, condujo al apóstol hasta su casa por un camino secreto. Favorecido por la noche luminosa, Vinicio pudo seguirle sin ser advertido, y cuando llegó á la cabaña, se echó de pronto á los pies del apóstol.

— ¿Qué quieres, hijo mío?, le preguntó Pedro, reconociéndole en seguida.

Después de lo que había oído en la viña, Vinicio no se atrevía á pedirle nada. Se limitó á abrazarse á sus pies, y oprimiendo contra ellos su frente turbada, y suspirando, imploró tácitamente su piedad.

— Conozco la causa de tu dolor. Han preso á la mujer que amas. ¡Ruega por ella!

— ¡Señor, sollozó Vinicio abrazándose con más fuerza á sus pies; señor, yo soy un miserable gusano; pero tú, que conociste á Cristo, ruégale por ella, protégela también!

Y el dolor le hacía temblar como una hoja; se golpeaba la frente contra el suelo, y como le era conocido el poder sobrehumano del apóstol, en él confiaba para salvar á Licia.

Pedro estaba conmovido. Recordaba que la misma muchacha se había arrojado un día á sus pies invocando piedad, aterrada por las palabras de Crispo. Y él la había levantado y consolado. Y lo mismo hizo con el tribuno.

— Hijo mío, le dijo, yo rogaré por ti; no olvides, sin embargo, las palabras que he dirigido á los que dudaban; esto es, que Dios mismo volvió por medio del martirio á su gloria infinita y que después de esta vida empieza la eterna.

— Lo sé, lo sé, respondió Vinicio, cuyo corazón quería salirse del pecho; pero ya lo ves, señor; he llegado al agotamiento de mis fuerzas. Si se quiere sangre, ¡bueno!, suplica á Cristo que acepte la mía, porque yo soy un soldado. Que se me apliquen todos los martirios destinados á ella, yo todo lo soportaré; pero... ¡piedad para ella! Es aún una niña, y Él es más grande que César; yo así lo creo. También tú amabas á Licia y tú has bendecido nuestro amor. ¡Es una niña inocente!

Se inclinó de nuevo, y escondiendo el rostro entre las rodillas de Pedro, continuó:

— ¡Tú conociste á Cristo, señor, tú le conociste! Él te escuchará. ¡Protégela, pues!

Pedro cerró los ojos y oró fervorosamente. De cuando en cuando un relámpago iluminaba el cielo, y Vinicio, á su luz, miraba los labios del apóstol como esperando de ellos una sentencia de vida ó muerte. En medio del silencio resonaba en la viña el grito de los guardias y el monótono murmullo lejano de los molinos situados cerca de la Vía Salaria.

— ¡Vinicio!, preguntó de pronto el apóstol, ¿crees tú?

— ¿Y hubiera venido aquí, si no creyera?, le respondió el joven.

— Pues cree siempre, porque la fe puede hacer milagros. Aun viendo á aquella muchacha bajo la espada del verdugo, ó entre los dientes de los leones, cree en el poder de Cristo. ¡Cree y ruégale, y yo rogaré contigo!

Y levantando los ojos al cielo, rezó en voz alta.

— ¡Oh Cristo misericordioso, mira este corazón llagado y consuélalo! ¡Cristo piadoso, impide la furia de las persecuciones, por piedad del débil! ¡Cristo piadoso, que suplicaste á tu Padre que te apartara de los labios el amargo cáliz, apártalo ahora de este tu siervo! Amén.

Vinicio levantó las manos hacia el cielo estrellado, y dijo suspirando:

— ¡Soy tuyo, tómame en su lugar!

En tanto, por Oriente, empezaba á iluminarse el horizonte.